

Antropología festiva: precursores

(Rodrigo Caro, Gaspar M. Jovellanos, Julio C. Baroja)



Demetrio E. Brisset

Catedrático emérito de la Facultad de Ciencias de la Comunicación (UMA)

2025

INTRODUCCIÓN

Exponentes y reveladoras de creencias, actitudes y estructuras sociales, las manifestaciones festivas han sido privilegiado objeto de investigación cultural desde el último cuarto del siglo XX. Ha sido tal la abundancia de estudios monográficos y generales sobre los diversos universos festivos, que se convirtieron en una especie de fenómeno antropológico de moda, que buscaba ampliar nuestro conocimiento sobre la sociedad del presente.

Para cumplir con este objetivo, habría que resaltar la dimensión comunicativa y funciones de transmisión cultural y memoria histórica ejercidas por los ritos festivos, que se deben contemplar desde una perspectiva de continuidad temporal en cuanto procesos rituales, sujetos a la evolución de sus formas y significados, actualizando múltiples modelos. Y también destacar la necesidad del estudio global de sus variantes si se los quiere interpretar, aceptando que se les puede aplicar la formulación estructuralista de Claude Lévi-Strauss (1985), tal como propugné en mi ensayo de 2009 [“Investigar las fiestas”](#), *Gazeta de Antropología* 25-1

Pero esta forma de expresión de la memoria inconsciente colectiva a través de las fiestas, manifestación y ejemplo de comportamientos simbólicos, se muestra reacia a desvelar sus secretos, debido a las contaminaciones causadas por las transferencias y transformaciones del material festivo, así como por las diversas procedencias de las influencias modificadoras en las diferentes épocas, que se han ido acumulando y mezclando como por estratos geológicos.

En este trabajo vamos a estudiar las aportaciones de los precursores en el estudio de las fiestas hispánicas, desde que en el siglo XVI el erudito sevillano **Rodrigo Caro**, poeta, arqueólogo y humanista rezagado, rastrea los orígenes clásicos de los juegos de los muchachos de su tiempo. Desbordante ambición intelectual reflejó el sintético recorrido por el desarrollo histórico festivo que el ilustrado **Gaspar M. de Jovellanos** elaborase a finales del siglo XVIII.

Un siglo después surge la escuela folklorista, de la mano de Antonio Machado Álvarez 'Demófilo', quien a partir de un núcleo sevillano crea en 1881 la Sociedad de Folklore Español, editando su rama andaluza la que fuera influyente revista *El Folk-Lore Andaluz* (1882-83), dedicada a la cultura popular, con gran atención a la festiva. En la primera mitad del siglo XX tenemos los trabajos de Alejandro Guichot, Aurelio Capmany, Hoyos Sainz y Guastavino Gallent, así como las descripciones de Gerald Brennan.

Después de la Guerra Civil, **Julio Caro Baroja** convierte el estudio de las fiestas populares en fértil herramienta para el mejor conocimiento de los rasgos culturales hispánicos, marcando las directrices para los futuros investigadores, que han sabido aprovecharlas para producir un amplísimo catálogo de estudios festivos sobre casi toda la geografía nacional.

Veamos ahora en detalle las principales aportaciones de los tres precursores.

EL CANTOR DE LA *ITÁLICA FAMOSA*

Al vicario Rodrigo Caro, sabio humanista del Siglo de Oro, se le considera iniciador del interés culto en España por las manifestaciones folklóricas y la mitología comparada

En 1647, en su lecho de muerte a los 74 años, dicta testamento: “Confieso ser y llamarme el Licenciado Rodrigo Caro, presbítero, Consultor del Santo Oficio de la Inquisición de esta ciudad de Sevilla y visitador de los hospitales de ella y su Arzobispado”. En esta sucinta relación de méritos no menciona los que aportará el cronista oficial de su ciudad natal (Utrera) con ocasión del homenaje por el 300 aniversario de su fallecimiento: “arqueólogo y epigrafista, topógrafo, historiador civil y eclesiástico, mitólogo, bibliógrafo, filólogo clásico, poeta latino y castellano, y excelente prosista”, halagos con los que se esperaba “que desde el cielo deje de mirarnos con ojos airados”.

Rodrigo Caro estuvo especialmente obsesionado por las antigüedades, tanto monedas, esculturas y jarras como lápidas e inscripciones. Basado en su profundo conocimiento de los autores clásicos, rastreó sus huellas en la cultura del momento, y buscó incansable las ruinas o restos de pasadas grandezas. Este afán le llevó a dejarse ofuscar por falsificaciones históricas, con tal de probar que en su Utrera natal existió una gran urbe romana, donde se martirizó a un grupo de cristianos. Valoraba esta villa, famosa por sus roscas y sus *jaquetones* o valientes pendencieros, como “sitio llano de alegre, templado y saludable cielo, muy alabado de los astrólogos (...) con mujeres más vergonzosas y honestas que hermosas, pero no feas ni de mal brío”.

Don Rodrigo descendía de un linaje de aventureros utreranos, llamados los *Matamoros*: a finales del siglo XV su tatarabuelo Juan fue cautivado por los moros de Ronda, consiguiendo escapar tras rebelarse y matar a sus captores, ganando tal apodo para su familia. Mucho después, el hermano de su abuelo paterno sirvió como militar en Cartagena de Indias, lidiando con el corsario Francis Drake. Nacido en 1573, sus acomodados padres le enviaron a estudiar cánones en Osuna, licenciándose en Sevilla a los 22 años. Allí haría una excursión a la Itálica de Trajano y Adriano, embargándole tales emociones que intentó rellenar de vida las ausencias, componiendo su famosa *Oda a las ruinas de Itálica*, que se inicia: “Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado”, inspirada en la *Oda a Mérida* de Nebrija.

Después de recibir las sagradas órdenes y cantar misa, desgracias familiares le obligan a dedicarse al ejercicio de la abogacía en Utrera para mantener a sus numerosos hermanos, disponiendo de tiempo libre para sus estudiar la cultura clásica y aficiones arqueológicas. Tras obtener el cargo de censor de libros, su énfasis en dar culto a unos supuestos mártires le granjeó el favor del Arzobispo de Sevilla Vaca de Castro, introductor en 1613 del fervor público a la Inmaculada Concepción, quien le llama a su servicio como letrado de cámara, y desde 1620 Visitador General de las parroquias y monasterios del extrarradio sevillano.

No parece que D. Rodrigo se enriqueciera con sus cargos, ya que escribe a un canónigo “que no alcanzo para vestirme a mí y mis criados (...) deo caminos y andar de día como gitanos, con el hato a costas”. Su carrera clerical siguió ascendiendo, al ser nombrado Vicario General y Juez de la Santa Iglesia de Sevilla. Amigo de los marqueses de Tarifa y Estepa, especie de mecenas, llegaría a intimar con el poeta Quevedo. Escribió una obra histórica: *Antigüedad y principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla*, que le animó a solicitar una capellanía real, que sus enemigos en la corte le impidieron conseguir, y a partir de entonces comenzó a retirarse, reduciendo su cargo de Visitador a los hospitales.

Otro fallido intento de alcanzar un cargo de prestigio (Cronista de Indias), le provocó enfermar del hígado o “quedar achacoso del mal de ijada”, volcándose en su obra más ambiciosa, el *Veterum Hispaniae Deorum manes*, tratado en latín sobre los dioses que la Antigüedad veneró en España, síntesis de sus conocimientos arqueológicos y de religiosidad comparada. Envió el manuscrito a Flandes para ser allí impreso, protegido por un amuleto del apóstol Diego. “Temo que por ser larvas infernales se hayan desaparecido y que, de vergüenza, no quieran que la luz los vea” dirá un par de años después, al carecer de noticias. Y nunca se volvió a saber del tratado, cuya pérdida lamentaría Menéndez y Pelayo, porque: “por primera vez (y casi única) se echaban los cimientos de la mitología ibérica”.

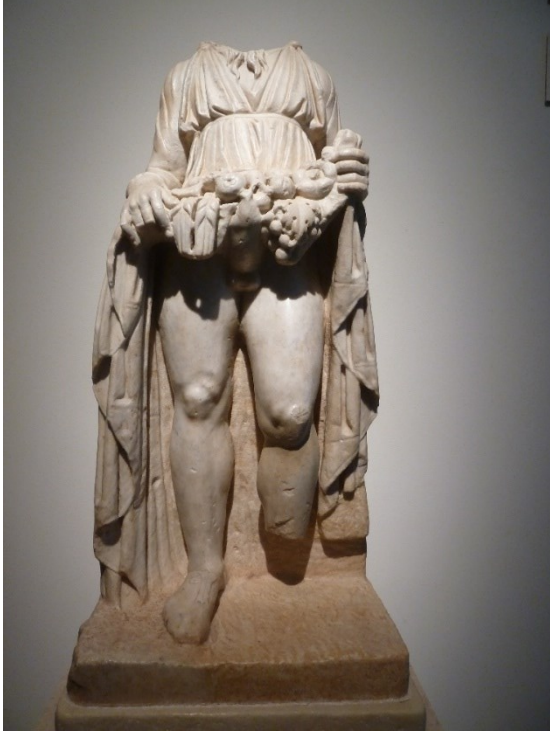
Tras cinco días de agonía, sin perder la lucidez, falleció el 10 de agosto de 1547 siendo enterrado en el Sagrario de su parroquia “de donde no se me ha de sacar jamás”, según su testamento. Tampoco tuvo suerte en esto, ya que los revolucionarios de 1868 derribaron la iglesia, y se le trasladó a la Universidad de Sevilla.

Folklóricos días geniales

Durante su estancia sevillana se aficionó al folklore, colaborando en recolectar refranes “pues es la filosofía que más se practica en estos países”. Su interés por las formas de cultura popular se volcaría luego en la observación y estudio de los juegos infantiles (corros, escondites, trompos, columpios) y juveniles, anotando sus fases y movimientos, así como exclamaciones y cantos preferidos. Quizás fuese su mayor motivo de alegría vital, ver jugar a los niños a la luz de los juegos de la antigüedad clásica. Así pues, se propuso rastrear el origen de las diversiones y competiciones deportivas, lo que abocaría en su obra maestra: *Días geniales o lúdricos* (1626), que son “diálogos en castellano que prueban que todos los juegos que hoy se usan tuvieron su origen en la Antigüedad”, rebosando erudición (con 980 citas, de las que 504 son de autores latinos, 255 griegos, 113 humanistas no españoles) en lo que se puede considerar precedente de los estudios folklóricos sobre la cultura española, ya que también abarca supersticiones, fiestas cíclicas, danzas, burlas, carátulas, matachines, juegos de azar y de habilidad, así como peloteos y corridas de toros. Por motivos desconocidos, nunca llegaría a publicarla.

Ahora bien, su mentalidad era moralizadora, como explícita en este tratado: “¡Oh, si nuestros jueces despertasen al son de tan importantes voces (autores griegos y latinos) y pusiesen remedio en las costumbres depravadas de la juventud y desterrasen ya los teatros de España! (...) Estos lascivos bailes que parece que el demonio los ha sacado del infierno; y lo que aún en la república de los

gentiles no se pudo sufrir por insolente, se mira con aplauso y gusto de los cristianos, no sintiendo el estrago de las deshonestidades que suavemente bebe la juventud con ponzoña dulce que, por lo menos, mata el alma; y no sólo un baile, sino tantos, que ya parece faltan nombres y sobran deshonestidades; tal fue la *Zarabanda*, la *Chacona*, la *Carretería*; las *Topona*, *Gorróna*, *Pipirronda*, *Guiguirigay*, y otra gran tropa de este género, que los ministros de la ociosidad, músicos, poetas y representantes invitan cada día sin castigo”. Esta ofensiva anti-lúdica concuerda con el viejo censor.



Priapo, dios griego de la abundancia



Serios clérigos en la procesión del Corpus de Granada, 1979 – © D.E.Brisset



Cruz de Mayo infantil en el Albaicín, 1979 – © D.E.Brisset

EL MEMORIALISTA ILUSTRADO

Uno de nuestros más relevantes pensadores del siglo XVIII fue Gaspar Melchor de Jovellanos, enciclopedista perseguido por la Inquisición, autor de la primera historia de las fiestas hispanas



Retratado por Goya en 1781

Político posibilista y ecléctico, docto jurista y avanzado economista, pedagogo impregnado de jansenismo o purismo religioso, su talante reformista queda bien definido cuando opina: “La libertad y alegría de los pueblos están más distantes del desorden que la sujeción y la tristeza”. Bajo esta premisa de orden social, se inserta su fundamental estudio sobre las fiestas, conocido abreviadamente como *Tratado sobre las diversiones públicas*, que por encargo de la Real Academia de la Historia redactó en 1790 y expuso en 1796.

Ilustrada historia de las fiestas

Para Jovellanos, la documentación se remonta al imperio romano, cuando Hispania gozó de sus juegos y espectáculos, testimoniada por ruinas de circos, teatros, anfiteatros y naumaquias. Esto cesó al entrar los septentrionales, aficionados a la caza (montería y cetrería), mientras los concilios los prohibían por ligarse a ceremonias gentílicas: “Hasta la conquista de Toledo (1085) no conoció España diversión alguna que mereciese el nombre de espectáculo público”.

Las romerías, de antiquísimo origen, tras satisfacer la piedad en el santuario, propiciaban competiciones y danzas, como las de romeros y espadas. A partir del siglo XIII se imponen las diversiones caballerescas: torneos, juegos de caña y sortija, y corridas de toros, que durarán hasta “el abatimiento de la nobleza a fines de la dinastía austríaca”. Mientras en los palacios culminaban los torneos o cacerías con convites y saraos; con trovadores y juglares revivieron los juegos escénicos,

también en las plazas: “Así empezó la representación de los misterios y acciones profanas”. En las farsas sagradas “se introducen asuntos y personajes ridículos, y se reduce el espectáculo a acciones, chocarrerías y danzas profanas” y nacen personajes mímicos como zaharrones y remedadores, mayas y diablillos, moharrillas y botargas. Apenas variarían las diversiones hasta los Reyes Católicos, cuando surge la comedia. Mientras el teatro religioso se centra en los autos del Corpus, entremezclados en la procesión con las danzas, la escena profana alcanzaría su apogeo con los Austrias.

Una moralista política festiva

A fines del siglo XVIII, los espectáculos públicos (torneos, máscaras, toros, teatros) apenas existían. “¿Qué diversiones han quedado para el entretenimiento de nuestros pueblos? Ninguna”, exclama apenado. Y esboza su programa de acción: “Este pueblo no ha menester que el gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos días que puede destinar a su solaz y recreo, él buscará, él inventará sus entretenimientos; basta que se le dé libertad y protección para disfrutarlos (...) Cuanto más goce, tanto más amará el gobierno en que vive, tanto mejor le obedecerá, tanto más de buen grado concurrirá a sustentarle y defenderle”.

Así, Jovellanos propugna: “el establecimiento de cafés o casas públicas de conversación y diversión cotidiana (con) juegos sedentarios y lícitos de naipes, ajedrez, y damas (y de) útil ejercicio como trucos y billar, la lectura de papeles públicos y periódicos, las conversaciones instructivas”. En cuanto al teatro, “capaz de instruir o extraviar el espíritu y de perfeccionar o corromper el corazón de los ciudadanos” debe ser objeto de legislación, para que presente: “hombres heroicos y esforzados, amantes del bien público, celosos de su libertad y sus derechos y protectores de la inocencia y acérrimos perseguidores de la iniquidad (...) Acaso fuera mejor desterrar enteramente de nuestra escena un género expuesto de suyo a la corrupción y a la bajeza (como) los títeres y matachines, los payasos, arlequines y graciosos, las linternas mágicas y otras invenciones que, aunque inocentes en sí, están corrompidas”.

Finalmente, alaba los juegos públicos que ofrecen “honesta recreación a los que juegan y a los que miran, hacen en gran manera ágiles y robustos a los que los ejercitan (como son los de) pelota, bolos y tejuelo. Las corridas de caballos, gansos y gallos, las soldadescas, y comparsas de moros y cristianos”, diversiones que “merecen ser arregladas y multiplicadas”.

Azarosa vida del reformista Jovellanos

En 1744 nació Gaspar Melchor en Gijón, de noble familia asturiana. Estudió la carrera eclesiástica, abandonándola por el derecho. Licenciado en Alcalá, en 1767 es nombrado Alcalde del Crimen en Sevilla, donde se relaciona con los enciclopedistas que se reunían en torno a Olavide. Escandalizó al quitarse la peluca de rigor entre los togados y al aplicar una concepción filantrópica de la ley y la pena. Ascendido a Madrid en 1778, asiste a la tertulia de Campomanes y destaca entre los ilustrados de la corte de Carlos III. Nombrado Académico de la Historia, propugna unir el estudio de la legislación con el histórico, y favorecer la intervención de las mujeres en la vida social.

En una época en la que todavía se anunciaban esclavos en venta, defender los derechos de la mujer, propugnar se depurase de supersticiones el catolicismo y sustituir el latín por el castellano en una enseñanza al margen del poder eclesiástico, le granjearon el odio de los inmovilistas. A la muerte del monarca protector, los reformistas caen en desgracia, siendo Jovellanos desterrado a Asturias.

Desde 1790 emprende investigaciones históricas, como el *Tratado sobre las Diversiones Públicas* y su *Informe sobre la Ley Agraria*, que postula una tímida reforma agraria (rechazada por la Inquisición), e intenta aplicar sus teorías educativas creando el modélico Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía.

Designado por Godoy Ministro de Gracia y Justicia en 1797, en ocho meses su gestión reformista aboca a su cese. Intentan envenenarle, regresando desanimado a Asturias, donde se interesa por el bable. Reaccionarios poderosos le encarcelan en 1801 (sin cargos ni proceso), pasando siete años prácticamente incomunicado en Mallorca, donde redacta su *Memoria sobre educación pública*. Liberado tras el motín de Aranjuez, José I Bonaparte le ofrece el Ministerio del Interior, pero opta por luchar contra los invasores, pero asimismo por la igualdad social. Llamado a la Junta Central, viaja a Cádiz para colaborar en redactar la Constitución. Disuelta la Junta, regresa a su Gijón natal. Al ser ocupada por los franceses, trata de huir por barco a Cádiz, pero fallece de pulmonía en el puerto de Vega en 1811, a los 67 años. El epitafio en su mausoleo le proclama “no menos respetable por las virtudes que adorable por sus talentos; urbano, recto, íntegro, celoso promovedor de la cultura y de todo adelantamiento en su país”.



Palacio de García de Jove (siglo XVI) en Gijón, casa natal de Jovellanos en 1744 - D.E.Brisset



Retrato escultórico por Cristóbal Ramos en 1770, encargado por el propio Jovellanos para celebrar su nombramiento como magistrado en Sevilla



Casa Trelles (S. XVIII) en Puerto de Vega, donde fallecería Jovellanos en 1811 – D.E.Brisset



Juego de bolos en Asturias © D.E.Brisset

JULIO CARO BAROJA, ÚLTIMO DE LOS RENACENTISTAS

Julio Caro Baroja fue uno de los intelectuales españoles de mayor prestigio internacional: historiador, antropólogo, etnógrafo, filósofo, sicólogo social, especialista en religiosidad, y en resumen, polifacético erudito con más de 600 publicaciones.



D, Julio en su casa de Madrid, 1982 © D.E.Brisset

Su amplia curiosidad científica le llevó a investigar temas tan especializados como “la historia del arado”, “los molinos de viento”, “los tiestos” y “las norias de tiro, azudas y aceñas”; a elaborar una “geografía lingüística de la España antigua a la luz de las inscripciones monetales” y catalogar cuernas talladas y grabadas, sonajeros y almireces; estudiar la guerra de Numancia, las cencerradas y los pliegos de cordel; sin desdeñar la vena artística en apuntes técnicos o dibujando personajes risibles en entornos fantásticos. Para el catedrático de la Sorbona François Chevalier “abrió nuevas vías a la investigación histórica, adelantándose en más de treinta años a los que practican una *nueva historia*, es decir, una historia antropológica o etnológica, una *etnohistoria* ahora muy cultivada”. Además, convirtió el estudio de las fiestas populares en fértil herramienta para el mejor conocimiento de los rasgos culturales hispánicos.

Don Julio nació en Madrid en 1914 (que consideraba “el último año del siglo XIX”), hijo del editor Angelo Caro y de Carmen Baroja (hermana del novelista Pío y del pintor Ricardo). No le asustaba considerarse “un hombre del 98”, marcado como estuvo por la estimulante influencia de sus tíos maternos, conociendo de niño a personalidades como Valle-Inclán, Azorín, D’Ors, Ortega y Azaña, junto con muchos de los escritores y artistas que animaban la vida bohemia capitalina. Sus recuerdos de este período, plasmados en la autobiografía familiar *Los Baroja* (1972), constituyen una inapreciable fuente sobre los avatares de una de las más brillantes generaciones intelectuales españolas. De ánimo asténico, reflexivo y rigorista (según él mismo), los diez años de

estudios en el progresista Instituto Escuela de Madrid se unieron a los ejemplos familiares para conseguir que “yo no haya sido nunca un doctrinario o un ideólogo”. A los 20 años publicaría su primer libro, *Tres estudios etnográficos relativos al País Vasco*, centrado en la cuenca del Bidasoa.

La Guerra Civil desmembró a la familia, y Julio se encerró en la biblioteca de su tío Pío en Vera de Bidasoa “leyendo como nunca he vuelto a leer”, sumergiéndose en el estudio de los mitos populares españoles y la herencia de la cultura clásica. Ante la intolerancia y el dogmatismo, su postura fue la del liberal (en el sentido clásico del término) que cree en la Razón.

La construcción de una obra monumental

En 1941 defendió su tesis doctoral *Viejos cultos y viejos ritos en el folklore de España*, centrada en el enigmático carnaval del vasco-francés Soule, aplicando sus conocimientos sobre las culturas griega y romana a identificar sus rasgos persistentes en manifestaciones festivo-religiosas dispersas por España, considerando las fiestas populares como merecedoras de la misma atención que cualquier otro fenómeno cultural. Con 29 años, entra a trabajar en el Museo Antropológico y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, proponiendo innovadores análisis histórico-culturales comparativos. Encargado de elaborar un informe etnográfico sobre el Sahara español, se convierte en explorador del desierto de insaciable curiosidad, consiguiendo que la gente le abriera su memoria. Los minuciosos datos recogidos sobre linajes, usos y costumbres del pueblo saharauí; así como sus dibujos sobre viviendas, objetos y entorno, son de las escasas pruebas que quedan de la cultura de ese esforzado pueblo traicionado por intereses económicos al final del franquismo. Esta aventura le incitó a estudiar a otra minoría perseguida: los últimos andalusíes, los moriscos del Reino de Granada.

En la década de los sesenta llegaría su consagración intelectual con tres exitosos libros: *Las brujas y su mundo*, *Los judíos en la España moderna y contemporánea* y *Vidas mágicas e Inquisición*, que le llevan a la Academia de la Historia. Con su hermano Pío, fundan una productora que filma documentales sobre fiestas tradicionales, algunos emitidos por TVE-2. En 1978 publica la que quizás sea su obra cumbre: *Las formas complejas de la vida religiosa*, un titánico esfuerzo por entender los mecanismos que regulan la religiosidad humana.

Durante los ochenta ejerció como catedrático extraordinario de la Universidad Vasca; fue nombrado Académico de la Lengua y aceptó la dirección de la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* (del CSIC), diseñando ambiciosos proyectos de investigación, especialmente la redacción de un *Diccionario Etnológico de España*, en el que se recogieran los principales términos de nuestras culturas populares. Agotado mentalmente por su incansable actividad, falleció en la casa familiar *Itzea*, en la navarra Vera de Bidasoa (fronteriza con Francia) el 18 de agosto de 1995. Para sintetizar su aportación, podríamos decir que Don Julio fue un librepensador enfrentado a la intolerancia, que despejó el horizonte para conocer la mentalidad de nuestros antepasados.

Los universos festivos

Desde muy pronto, a Julio Caro le intrigó la persistencia de arcaicos rituales festivos, objeto de su tesis doctoral. En 1945 publicó sus estudios sobre la figura simbólica del *toro de San Marcos* y sobre *algunas danzas vasconavarras*. Al año siguiente indagó sobre las fiestas *de las mayas* y el mítico personaje del *Olentzaro* en rituales del solsticio invernal en Guipúzcoa y Navarra. En 1948,

se volcó en las *mascaradas y alardes de San Juan*, y en 1957 plasmó sus vivencias andaluzas de la Semana Santa de Puente Genil y dos romerías de Huelva.

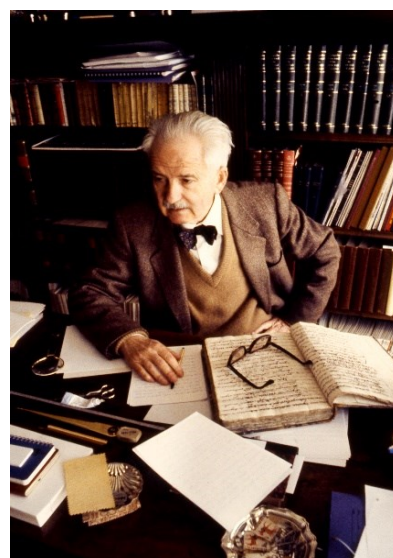


En 1965 rinde cuentas de andanzas castellanas, con sus estudios sobre *diabladas* conquenses y *botargas* de Guadalajara, publicando también *El Carnaval*, precisa muestra de su método de investigación etno-histórico y de comparación formal, que se convierte en referencia sobre el tema. Años después culmina su muy documentada trilogía dedicada a las fiestas tradicionales españolas, con *La estación de amor (Fiestas populares de mayo a San Juan)* -1979- y *El estío festivo (Fiestas populares del verano)* -1984-, ejemplar abordaje de manifestaciones simbólicas expresadas de muy diversa manera a lo largo de los siglos, y que hasta entonces eran desdeñadas por los eruditos. En busca de la interpretación de los significados ocultos en la superposición de formas rituales, planteaba “formular unas teorías estructurales que se apoyen donde menos se piensa hoy que pueden apoyarse: en la investigación histórica” (1974). Si otros antropólogos lo habían conseguido a partir de las narraciones míticas, ¿por qué no se podía hacer con las fiestas?

Y para ello desarrolló una precisa metodología para abordar el conjunto de las variantes de un ritual festivo (en diferentes épocas y espacios geográficos) complementado el análisis comparativo de sus formas materiales (personajes, objetos, acciones) con su ubicación dentro de cadenas histórico-culturales, para detectar modelos, influencias, etapas y transiciones. Y como fuentes, tanto las históricas (archivos, obras literarias y religiosas, relaciones impresas) como las observaciones etnográficas.



Kaxarranka de Lekeito (en Madrid, 1984) © D. E. Brisset,



D, Julio investigando en Madrid, 1982 © D.E.Brisset

BIBLIOGRAFÍA

BRISSET MARTÍN, DEMETRIO E.: *La rebeldía Festiva. Historias de fiestas ibéricas*, Girona, Luces de Gálibo, 2007.

CARO BAROJA, J.: *Los Baroja: memorias familiares*. Madrid, Caro Raggio, 1997.

CARO BAROJA, J.: *El carnaval*. Madrid, Taurus, 1989.

CARO. Rodrigo (J.-P. ETIENVRE, Ed.) : *Días geniales o lúdricos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978.

JOVELLANOS, G. M. de: *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos públicos, y sobre su origen en España*, Oviedo, La Vos de Asturias, 1991 (accesible en: www.cervantesvirtual.com).

MARAÑA, F.: *Julio Caro Baroja, el hombre necesario*, Zarautz, Editorial Itxaropena, 1995

MORALES, M. *Rodrigo Caro: bosquejo de una biografía íntima*, Utrera, Ayuntamiento, 1947.



Romería de San Antón en Guadix (Gr), 1981 © D. E. Brisset